



Trujillo: Encrucijada en las rutas de la historia

Enclavada en mitad de la amplia penillanura extremeña, sobre el roquedal de granitos, retamas y cantuesos que perfuman las cálidas brisas del largo verano, Trujillo se levanta vertical y enérgica, proyectando sus torres y atalayas hacia un cielo transparente que le presta ese hálito de luz, perceptible para el caminante o peregrino que se acerque a ella por cualquiera de los numerosos caminos que lo concurren, desde varias leguas antes de llegar a sus murallas.

Siempre belicosa y caballera, vigía en una tierra sin límites ni fronteras, encontró en sus diversos nombres a lo largo de la historia la voluntad de ser vanguardia luchadora en viejos o en nuevos continentes.

«Turgallium» se llamó mientras duró el Imperio forjado por Roma, reuniendo a celtas, vettones y latinos en la trama de su caserío. «Torgiello» se denominó entre los sarracenos, con espléndida alcazaba y amplia medina coronando la amplitud de su alfoz. Como «Trujiello» pasó a Castilla en los albores del siglo XIII, recibiendo entonces linaje, fuero y privilegios de Alfonso el Décimo, que la elevó por encima de otras ciudades de Extremadura, y por ello los reyes la tuvieron como especial joya de su señorío. «Trujillo» se llama en su contemporaneidad, después de haber cumplido recios destinos y de haber conocido fuertes decadencias a lo largo de su historia más reciente.

Hoy Trujillo es una pequeña población de entrañable familiaridad para habitantes y visitantes. Su proximidad a Cáceres, a Mérida, a Guadalupe y a tantas otras localidades de interesante atractivo histórico y monumental la convierten en un punto obligado de singladuras turísti-

cas o culturales, completando recorridos y circuitos que cierran sobre ella aspectos varios de la historia de Extremadura y de la propia historia de España; pero también pueden concebirse rutas y caminos de interés puramente artístico, gastronómico, artesano y folclórico que giren en torno a la calidad y a la satisfacción de su conocimiento.

La «Ruta de los Conquistadores»; la «Ruta de los Castillos»; la más prosaica «Ruta de los Quesos», o la de los «Vinos de Extremadura», por citar algunos ejemplos; incluso un posible y loable «Circuito de los Monasterios», o cualquier otro que se pueda dibujar a lo largo y ancho de la dilatada geografía de nuestra Comunidad Autónoma, tendrá siempre un final de etapa en Trujillo, pues en todos estos recorridos destacará por sus valores tradicionales y por la calidad de sus ofertas en hostelería y en la hospitalidad de sus vecinos.

Además, aunque los trujillanos fueran en el pasado gentes indómitas y de genio vivo, como nos cuentan las crónicas de sus más relevantes hijos, la vida cotidiana en la actualidad es tranquila y amable, con el sosiego relajado de las ciudades sin prisas. El ser un pequeño centro de servicios situado en el núcleo geográfico y económico de una extensa comarca con numerosos pueblos de su vieja jurisdicción, ha empujado a sus habitantes a mantener un cierto dinamismo y una apreciable actividad creativa, sin que por ello se hayan malbaratado los valores de su casco histórico y de su paisaje urbano, apretado, berroqueño, ostentoso en su riqueza y envidiable por su variedad; propio de las poblaciones que vivieron en su pasado eras de grandeza y prosperidad.

Palacios, iglesias, hospitales y conventos sembrados entre la trama de estrechas callejuelas y placitas, donde se elevan las fachadas de cuidada filigrana de cantería sobre el empedrado de las rúas que suben a la plaza mayor, o las que siguen ascendiendo hacia el viejo alcázar agareno que corona el otero trujillano, exhibiendo la robustez granítica de sus lienzos o la imponente presencia de las torres albarranas que la defienden.

Su Plaza Mayor es irrepetible.

En ella se forjaron y se escribieron páginas señeras de la historia castellana y de la historia del Hemisferio Occidental. La elegancia labrada en platerías de piedra del palacio del marqués de la Conquista se combina con la áspera frugalidad del palacio de los Chaves, con la facha-

da de la Casa de la Cadena, dotada de imperial privilegio, con la diáfana arquitectura del palacio de San Carlos y con otros muchos solares monumentales que hacen de Trujillo un catálogo de grandezas y un rosario de bellezas traducidas a la piedra; y sobre el pedestal grandilocuente de su basamento, la figura retórica de Francisco Pizarro señala el occidente donde los trujillanos cumplieron el destino de someter un viejo imperio, aun a costa del sacrificio de su vida. El conjunto de Trujillo, visto desde el espíritu estandarizado y monocorde de los hombres del siglo xx, resulta de una originalidad sorprendente; pero la impronta individualizada de cada uno de sus monumentos, de sus fachadas o de sus recogidos y soleados patios, puede ser aún mucho más deleitosa e imprevisible para los que desembarcan en su trama urbana desde todos los puntos cardinales.

Iglesias de tersa arquitectura, como Santa María la Mayor, Santiago o San Martín, que espetan sus torres en el aire bruñido y cálido de la penillanura; en las que se custodian magníficas obras, casi desconocidas, de retablos, joyeles y platerías. Conventos como los de San Francisco el Real de «La Coria» —hoy refundado en museo y Academia— y el de San Pedro. Casonas solariegas de rancia prosapia, como la de los Pizarro Orellana, o el imponente torreón de Luis de Chaves, residencia eventual de los Reyes Católicos en el breve tiempo que Trujillo fue capital de Castilla.

Sobre el abigarrado conjunto la diadema granítica del Castillo en el que la fe guerrera de los caballeros e hidalgos trujillanos se condensó en bravas hazañas y en Órdenes Militares, para defensa de la cristiandad contra musulmanes, herejes y paganos; y desde el que extendieron la fama de sus hazañas al otro lado de la mar Océana, y a una y otra parte de la ancha Europa, donde los Tercios españoles, mandados por capitanes llamados García de Paredes, Chaves, Carbajales o Pizarros, hollaron suelos y traspasaron ciudades, desde la brillante Italia renacentista, hasta la industriosa Flandes, o la húmeda y desabrida Alemania.

El Trujillo que se abre hoy al viajero curioso o al degustador de buenas viandas ha olvidado los romances y cantares de gesta, y torciendo el rumbo de una historia demasiado violenta, se complace en ofrecer amables fiestas —como «El Chíviri»—, bonitas y variadas artesanías de cerámicas y bordados, y rumbosas ferias de ganados y quesos, cuya publicidad ha traspasado ya las fronteras propias y resuena en muchas latitudes.

No es éste lugar para prolongadas descripciones ni para largas pláticas sobre la realidad trujillana: la historia y la belleza se condensan especialmente en la amabilidad y donosura de su vecindario; pero lo que sí ha de quedar meridianamente explicado es que esta pequeña y singular ciudad extremeña, proyectada desde el pasado hacia el futuro, es hoy uno de los puntos más atractivos de nuestro conjunto geográfico regional; no sólo para verla y visitarla, sino para recalar en ella, enraizar y percibir la recia presencia de su personalidad, tantas veces ponderada. Parafraseando la letrilla que cita el conde de Canilleros en su referencia a Trujillo, podemos decir:

*Si vas a Trujillo,
por donde entrares,
hallarás una legua
de gente amable.*

A mayor abundamiento, Trujillo es puerta hacia otros paisajes y rincones cuya belleza queda ya resaltada en numerosos libros y descripciones: Las Villuercas, con la serranía de Guadalupe y su Real Monasterio, o el valle de Los Ibores, tallado a cincel en las rocas cristalinas de la más primitiva piel de la Tierra.

M. C. Q.

**REACCIÓN
LITERARIA**



*Amor
Es un espacio
llamado
(presentado)
donde no cabe
Por favor, dejen sus

armen sus almas
y aunque sólo sea así

un respiro por el poeta

que derramó su tinta
a borbotones

... de la paz.*

*el odio
armas a un lado
(si las tienen)
fijan
descansillo
por la paz*